

TRIBUNA: FÉLIX DE AZÚA^(*)

Cuando Duchamp expuso su célebre urinario, hace ya más de 80 años, no pudo prever la gloriosa herencia que le esperaba. Aquella modesta pieza de la industria sanitaria transfigurada en obra de arte, con título (*Fountain*) y firma (Mutt), se convirtió en el icono de la modernidad. Pero, muchos años más tarde, un artista postmoderno e italiano (perdonen el

pleonasma) utilizó el pasado del urinario para crear su propia obra de arte presente. Acudió a una galería donde se exhibía *Fountain* y, en un descuido de los guardianes, orinó en su interior. De ese modo la obra de arte de Duchamp dejaba de ser una obra de arte y volvía a ser el urinario que había sido antes de convertirse en obra de arte. A continuación le pegó un



martillazo. Conducido a la comisaría más próxima, argumentó de modo convincente que su obra de arte (una *performance*) consistía en destruir la vieja y sacralizada obra de arte para crear una obra de arte nueva. La nueva obra de arte se llamaba *Dstrucción de la "Fountain" de Marcel Duchamp*. El artista reivindicó la propiedad de la pieza y amenazó a los galeristas con denunciarles por robo si no se la entregaban, ya que, si bien Duchamp había "encontrado" el urinario, él lo había transformado en otra obra de arte *distinta*. Luego recomendó a los enfurecidos caballeros que cuando expusieran su obra *Dstrucción de...* tomaran la precaución de protegerla con una caja de metacrilato a prueba de nuevos martillazos. [..]

El País 3-11-1999

(*) *Catedrático Estética y Teoría de las Artes*